

ches más llevaderas; no querían que el comedor, que la casa entera llegase á ser para ellos un lugar cruel y siniestro como lo era el propio dormitorio.

La señora Raquín agradecía mucho el afectuoso esmero con que la trataban, y felicitábase con lágrimas en los ojos de verles tan unidos, y de haberles regalado sus cuarenta y tantos mil francos, porque, desde la muerte de su hijo Camilo, nunca había confiado en un afecto semejante, para sus últimos días, y sobrellevaba con resignación el dolor de su vejez por la ternura de sus queridos hijos; ni siquiera sentía la parálisis implacable que, á pesar de todo, la agarrotaba más cada día.

Teresa y Lorenzo llevaban empero su doble existencia.

Había en cada uno de ellos como dos seres muy distintos: un sér nervioso y amedrantado, que se estremecía desde que llegaba el crepúsculo, y un sér aletargado y olvidadizo, que respiraba con libertad tan luego como salía el sol; vivían con dos vidas, chillaban de angustia cuando estaban solos, y sonreían agradablemente cuando se hallaban acompañados.

Jamás su rostro dejaba en público adivinar los sufrimientos que les devoraban en la intimidad.

Tranquilos y dichosos en apariencia, ocultaban instintivamente sus males.

Nadie hubiera sospechado, al verles tranquilos durante el día, que todas las noches les atormentaban alucinaciones terribles, y hubiéraseles creído un matrimonio protegido por el cielo, viviendo en plena felicidad.

Grivet les llamaba galantemente *los tórtolos*, y cuando veía sus ojos adormecidos por las prolongadas vigiliás, bromeaba con ellos, preguntándoles que ¿cuándo sería el bautizo? y todos los contertulios se reían.

Teresa y Lorenzo apenas palidecían, y aun lo graban sonreirse, habituados ya á las bromas atrevidas del viejo empleado.

Mientras se hallaban en el comedor, nadie podía adivinar sus terrores y el espantoso cambio

que se operaba en ellos al encerrarse en su dormitorio; y sobre todo en la noche de los jueves, aquel cambio era de brutalidad tan violenta, que parecía verificarse en un mundo sobrenatural.

El drama de sus noches, por su extrañeza, por su arrebatos salvajes, sobrepujaba á todo lo creíble y quedaba profundamente escondido en el fondo de su sér quebrantado.

Si hubiesen dicho algo de lo que les pasaba se les hubiera creído locos.

—¡Qué dichosos son estos enamorados!—decía muchas veces el viejo Michaud.—No hablan mucho, pero piensan. ¡Apostaría cualquier cosa á que se devoran á caricias cuando nosotros no estamos aquí!

Tal era la opinión de la sociedad, y ocurrió que Teresa y Lorenzo fueran citados como modelo de matrimonios, y los vecinos del pasaje del Pont-Neuf ponderaban el afecto, la tranquilidad feliz, la eterna luna de miel de los dos esposos.

¡Ellos solos sabían que el cadáver de Camilo se acostaba entre ambos!

¡Ellos solos sentían, bajo el sereno cutis de sus rostros, las contracciones nerviosas que por la noche estiraban horriblemente sus facciones y cambiaban la expresión plácida de su fisonomía en innoble máscara dolorida!

XXV

Al cabo de cuatro meses Lorenzo pensó en los beneficios que se había prometido sacar de su casamiento.

Hubiera abandonado á su mujer y huído del espectro de Camilo tres días después de la boda, si su interés no le hubiese tenido como clavado en la tienda del pasaje; mas aceptaba sus noches de terror y soportaba las angustias que le ahogaban, por no perder el precio de su crimen.

Abandonando á Teresa, volvía á caer en la miseria y tenía que conservar nuevamente su empleo; permaneciendo con ella, podía, por el contrario,

satisfacer sus apetitos de perezoso, y vivir holgadamente sin hacer nada, con la renta que la señora Raquín había colocado á nombre de su mujer.

Es de creer que hubiera huído con los cuarenta mil francos, si hubiese podido realizarlos; pero, aconsejada por Michaud, la anciana mercera había tenido la prudencia de garantir en el contrato los intereses de su sobrina; Lorenzo, por lo tanto, se encontraba así ligado á Teresa con un poderoso lazo.

En compensación de sus noches atroces, quiso, al menos, hacerse mantener en ociosidad feliz, bien alimentado, bien vestido y llevando en el portamonedas el dinero necesario para contentar sus caprichos, y sólo á este precio consentía en acostarse con el cadáver del ahogado.

Una noche anunció á la señora Raquín y á su mujer que había hecho dimisión, y que abandonaría su oficina al fin de la quincena: Teresa hizo un ademán de inquietud, y él se apresuró á añadir que iba á alquilar un pequeño estudio, donde se se dedicaría nuevamente á la pintura.

Habló extensamente del fastidio que le causaba su empleo y del ancho horizonte que el arte le abría, y ahora, que era hombre de dinero, podía tentar el éxito, quería ver si era ó no capaz de hacer grandes empresas.

Lo que dijo con tal motivo ocultaba simplemente extremado deseo de tornar á su antigua vida de taller.

Teresa mordiéndose los labios, no respondió una sola palabra; no admitía que Lorenzo le gastase la pequeña fortuna que aseguraba su libertad, y cuando su marido la apremió con preguntas para obtener su consentimiento, contestó secamente, dando á entender que si abandonaba su escritorio ya no ganaría nada y tendría que vivir completamente á expensas de ella.

Mientras hablaba así, Lorenzo la miraba de una manera extraña, que la joven se turbó, y detuvo en su garganta la negativa que iba á formular:

creyó leer en los ojos de su cómplice este pensamiento amenazador:

«¡Lo digo todo si no consientes!»

Teresa empezó á balbucear, y la señora Raquín dijo entonces que el deseo de su querido hijo era muy justo, y que era necesario, por tanto, facilitarle medios de hacerse un hombre de talento.

La buena señora lisonjeaba á Lorenzo como había mimado á Camilo, seducida por las caricias que el joven le prodigaba.

¡Pertenece á él en absoluto, y participaba siempre de su parecer!

Decidióse, pues, que el artista alquilase un taller, y que se le darian cien francos mensuales para los diversos gastos que hubiese que hacer.

Quedó arreglado de este modo el presupuesto de la familia: con los beneficios realizados en el comercio pagarían el alquiler de la tienda y de la habitación, y aun casi bastarían para los gastos diarios de la casa; Lorenzo tomaría el importe del alquiler de su estudio y cien francos mensuales, de los dos mil y tantos francos de renta; el resto de esta misma renta se aplicaría á las necesidades comunes y así no se tocaría el capital.

Teresa se tranquilizó un poco; é hizo jurar á su marido que jamás se excedería de la cantidad señalada; por otra parte, se decía que Lorenzo no podía apoderarse de los cuarenta mil francos sin tener su firma, y ella se prometía no firmar nunca documento alguno.

Desde el día siguiente alquiló Lorenzo un pequeño taller, que codiciaba hacía un mes, en la parte baja de la calle Mazarine.

No quería abandonar su empleo sin tener un refugio donde pasar tranquilamente el día lejos de Teresa.

Al fin de la quincena se despidió de sus compañeros de oficina. Grivet se quedó estupefacto de su marcha.

—Un joven—decía él,—que tenía ante sí tan hermoso porvenir. Un joven que había llegado en

cuatro años á tener un sueldo que, para llegar á él, Grivet mismo había necesitado esperar veinte.

Lorenzo le dejó todavía más estupefacto cuando le dijo que iba á dedicarse nuevamente á la pintura.

Por fin, el artista se instaló en su taller.

Este era una especie de buhardilla de unos cinco ó seis metros cuadrados; el techo se inclinaba en brusca pendiente sobre uno de los costados hacia una ancha ventana, que dejaba penetrar una luz blanca y cruda sobre el pavimento y las paredes ennegrecidas; el rumor de la calle no resonaba en aquellas alturas: la silenciosa pieza, amarillenta, abierta por arriba, mirando al cielo, parecía un agujero, ó un sótano cavado en gris arcilla.

Lorenzo amuebló este sótano de cualquier modo, con dos sillas sin pajas, una mesa que apoyó contra la pared para que no se viniese al suelo, un aparador de cocina, su caja de colores y su antiguo caballete; el verdadero lujo de la habitación consistía en un diván enorme que compró por treinta francos en casa de un prendero.

Estuvo quince días sin pensar siquiera en coger los pinceles.

Llegaba entre ocho y nueve de la mañana; fumaba, se acostaba en el diván esperando que dieran las doce, descansaba feliz porque tenía aún muchas horas delante de sí antes de llegar á la noche.

A las doce iba á almorzar, y apresurábase luego á volverse al taller para estar solo, para no ver el pálido rostro de Teresa; y entonces digería, dormía y se refocilaba hasta el atardecer.

Su taller era un lugar seguro, donde él no temblaba.

Cierto día su mujer le pidió que la dejase visitar su querido refugio; él rehusó, y como á pesar de la negativa fué ella al cabo á llamar á la puerta, Lorenzo no le abrió, y por la noche le dijo que había pasado el día en el Museo del Louvre.

Temía que Teresa introdujera allí consigo el espectro de Camilo.

La ociosidad acabó por aburrirle; compró un lienzo y colores, y se puso á trabajar; no tenía suficiente dinero para pagar modelos, y resolvió pintar á capricho, sin cuidarse de la naturaleza.

Principió esbozando una cabeza de hombre.

Por lo demás, no se encerraba ya tanto; después de trabajar durante dos ó tres horas por la mañana, empleó las tardes en callejear por París y por las afueras.

Un día al volver de sus largos paseos, se encontró delante del Instituto con su antiguo compañero de colegio, que había obtenido un bonito éxito de compañerismo en el último *Salón*.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—exclamó el pintor.—¡Ah, mi pobre Lorenzo! ¡Jamás te hubiera conocido! ¡Has enflaquecido!

—Me casé,—respondió Lorenzo con acento de embarazo.

—¿Casado tú? Entonces ya no me admiro de verte así, tan extraño... ¿Y qué haces ahora?

—He alquilado un pequeño taller; pinto un poco por las mañanas.

Lorenzo refirió en pocas palabras su matrimonio, y después expuso con voz algo temblorosa sus proyectos acerca del porvenir; su amigo le miraba con cierta extrañeza y turbación, y sin reconocer en el marido de Teresa al joven bonachón y ordinario que había tratado antiguamente.

Parecíale que Lorenzo tenía aire más distinguido; el rostro se le había adelgazado; tenía una palidez de buen tono, y todo su cuerpo erguía con más dignidad y soltura.

—¡Estás hecho un guapo mozo!—no pudo menos de decir el artista.—¡Tienes trazas de embajador! en qué escuela estás?

Alormentaba á Lorenzo el examen que estaba sufriendo, y no se atrevía á alejarse de su amigo con demasiada brutalidad.

—¿Quieres subir un instante á mi taller?—preguntó por fin el artista, que no le dejaba.

—Con mucho gusto,—respondióle.

El pintor, no dándose cuenta del cambio que

observaba, anhelaba visitar el taller de su antiguo compañero, y ciertamente no subía al quinto piso por ver las nuevas obras de Lorenzo, las cuales, con seguridad, iban á producirle náuseas, sino por satisfacer una curiosidad.

Cuando hubo subido echó una ojeada sobre los cuadros colgados de las paredes, y aumentó su admiración: allí había cinco estudios, tres cabezas de mujer y dos de hombre, pintadas con verdadera energía: el conjunto era firme y sólido, y cada detalle se destacaba magníficamente sobre fondo gris claro.

El artista se aproximó con interés; y, estupefacto, sin tratar de ocultar su sorpresa:

—¿Eres tú quién ha hecho esto?—preguntó á Lorenzo.

—Sí—respondió éste.—Son bocetos que me servirán para un gran cuadro que estoy preparando.

—¡Vamos, no bromees! ¿Eres tú quién ha pintado esto?

—Sí, hombre, sí... ¿Por qué no había de ser yo? El artista no se atrevió á contestar.

—Porque estos lienzos son de artista de verdad, y tú siempre fuiste un innoble albañil.

Permaneció mucho tiempo silencioso delante de los estudios.

Estos no eran ciertamente una obra maestra, pero tenían un sello original, un carácter tan poderoso, que revelaban un sentido artístico muy desarrollado, y hubiérase dicho que la pintara vivía. ¡Jamás había visto el amigo de Lorenzo bocetos que prometiesen tanto!

Cuando acabó el examen de los lienzos se volvió hacia el autor:

—Francamente—le dijo,—no te hubiera creído capaz de pintar así... ¿Dónde diablos aprendiste á tener talento? Esto no suele aprenderse.

Y miraba á Lorenzo, cuya voz le parecía más dulce, y cuyos ademanes tenían cierta elegancia, sin poder adivinar la espantosa sacudida que había cambiado á aquel hombre, desenvolviendo en él nervios de mujer y sensaciones agudas y delicadas.

Sin duda se había operado un fenómeno extraño en el organismo del asesino de Camilo, y es difícil al análisis penetrar en tales profundidades.

Lorenzo se había tal vez transformado en artista, como se volvió cobarde, á consecuencia de la gran dislocación que había trastornado su carne y su espíritu.

Antes se ahogaba con el peso de su sangre, y estaba ciego por el denso vapor de salud que le rodeaba; ahora estaba enflaquecido, medroso, inquieto, con las sensaciones vivas y punzantes propias de los temperamentos nerviosos.

En la vida de terrores que llevaba, su pensamiento llegaba hasta el delirio y alcanzaba hasta los éxtasis del genio; la enfermedad, en cierta manera moral, la neurosis que sacudía todo su sér, des-envolvía en él un sentido artístico de lucidez extraña; desde que había matado, su carne se aligeró; su cerebro, trastornado, le parecía inmenso, y en aquel repentino desarrollo de su pensamiento veía pasar creaciones exquisitas, ensueños de poeta.

Así es que sus ademanes adquirieron súbita distinción, y sus obras fueron bellas, personales, vivientes.

Su amigo no trató ya de explicarse la creación del nuevo artista.

Se marchó con su admiración; mas antes de partir, miró otra vez los lienzos y dijo á Lorenzo:

—Sólo un reparo he de hacerte, y es que todos esos estudios tienen cierto aire de familia. Esas cinco cabezas se parecen: hasta las mujeres tienen un aspecto violento, indefinible, que las hace parecer hombres disfrazados... Compréndeme: si quieres hacer un cuadro con estos bocetos, será preciso cambiar algunas fisonomías; tus personajes no pueden ser todos hermanos, porque eso haría reír.

Salió en seguida del taller, y añadió riendo desde el rellano de la escalera:

—Verdaderamente, mi amigo, celebro haberte visto; ahora ya creo en milagros... ¡Buen Dios! ¡Y qué señorito te has vuelto!

Y se marchó.

Lorenzo, turbado, volvió a su taller.

Cuando su amigo le hizo advertir que todas las cabezas de su estudio tenían un aire de familia, había vuelto el rostro para ocultar su palidez, porque aquella fatal semejanza ya le había impresionado á él mismo; volvía á colocarse ante los lienzos, y á medida que los contemplaba paseando su vista de uno á otro, sentía un sudor glacial correr por sus espaldas.

— ¡Tiene razón! — murmuró. — ¡Se parecen todos!... ¡Se parecen á Camilo!...

Retrocedió, y sentóse en el diván, sin poder apartar la mirada de aquellas cabezas de estudio: la primera tenía cara de viejo, con lengua barba blanca, y bajo esta barba, el artista adivinaba la barba delgada de Camilo; la segunda representaba una joven rubia, y ésta le miraba con los ojos azules de su víctima; las otras tres figuras tenían todas algún rasgo de las facciones del ahogado.

Hubiérase dicho que las tres reproducían á Camilo disfrazado de viejo, de joven, á voluntad del pintor, pero conservando siempre el carácter peculiar de su fisonomía.

Otra semejanza terrible se veía en ellas: parecían sufrir y estar como aterrorizadas, agobiadas por la misma sensación de horror; cada una tenía un ligero pliegue hacia el lado izquierdo de la boca, que alargaba los labios, obligándoles á hacer muecas.

Este pliegue, que Lorenzo recordó haberlo visto en el rostro convulsionado del ahogado, las marcaba á todas con un signo de innoble parentesco.

Lorenzo comprendió que había mirado demasiado á Camilo en la Morgue: la imagen del cadáver se había grabado profundamente en su imaginación, y ahora su mano, inconscientemente, trazaba siempre las líneas de aquel semblante atroz, cuyo recuerdo le seguía por todas partes.

Poco á poco, el pintor, que continuaba echado en el diván, creyó que las figuras se animaban, y tuvo cinco Camilos ante sus ojos.

¡Cinco Camilos, que sus propias manos habían creado, y que por horrible extrañeza, se parecían aparte las edades y sexos!

Levantóse, desgarró los lienzos y los arrojó á la calle; pensaba que moriría de espanto en su taller si lo poblaba por sí mismo con retratos de su víctima.

Otro temor se apoderó de Lorenzo: temía no poder dibujar una cabeza sin dibujar el semblante del ahogado.

Quiso saber en el acto si era dueño de su mano; puso en el caballete un lienzo limpio, y trazó con carbón una figura.

¡La figura se parecía á Camilo!

Lorenzo la borró bruscamente; intentó hacer otra y durante una hora estuvo luchando contra la fatalidad que guiaba sus dedos; á cada nuevo ensayo repelía la cabeza del ahogado, y aunque se esforzaba en evitar las líneas que tan bien conocía, á pesar suyo las trazaba de nuevo, obediendo sus músculos, á sus nervios rebeldes.

Primero arrojó los bocetos, y aunque luego se propuso dibujar con calma, el resultado fué siempre el mismo: Camilo aparecía sin cesar en el lienzo.

El artista bosquejó sucesivamente las cabezas más diversas, cabezas de ángeles, de vírgenes con aureolas, de guerreros romanos con sus cascos, de niños rubios y sonrosados, de viejos bandidos llenos de cicatrices, y siempre, siempre renacía el ahogado, siendo por turno ángel, virgen, guerrero, niño y bandido.

Entonces Lorenzo dibujó caricaturas; exageró las facciones, trazó perfiles monstruosos, inventó cabezas grotescas, y sólo consiguió hacer más horribles los retratos de su víctima; concluyó por pintar animales, perros y gatos, y también los perros y los gatos recordaban vagamente á Camilo.

Rabia sorda se había apoderado de Lorenzo, y agujereó el lienzo á puñetazos, pensando con desesperación en su gran cuadro que había de abandonar, porque conocía perfectamente que en adelante sólo pintaría la cabeza de Camilo; y como

le había dicho su amigo, si todas las figuras se se pareciesen harían reír.

Imaginaba lo que habría sido su obra: veía sobre los hombros de sus personajes, hombres y mujeres, el semblante descompuesto y espantoso del ahogado, y el extraño espectáculo que evocaba le pareció atrocemente ridículo y le exasperó.

Así no osaría ya trabajar, por temor de resucitar á su víctima con el menor rasgo de sus pinceles, y si quería vivir tranquilo en su taller, no debía pintar más.

La idea de que sus dedos tenían la fatal é inconsciente facultad de reproducir sin cesar el retrato de Camilo, le hizo mirar á su mano con terror, como si aquella mano hubiese dejado de pertenecerle.

XXVI

La crisis de que la señora Raquín estaba amenazada se declaró, y de repente la parálisis, que desde hacía meses hormigueaba á lo largo de sus miembros, siempre á punto de ahogarla, agarró su garganta y la ligó el cuerpo: una noche, entreteniéndose apaciblemente con Teresa y Lorenzo, se quedó en medio de una frase con la boca abierta: parecía que la estrangulaban: cuando quiso gritar, llamar en su socorro, sólo pudo balbucear roncidos sordos; su lengua se había vuelto como de piedra, sus manos y sus pies estaban rígidos: hallábase muda é inmóvil.

Teresa y Lorenzo se levantaron asustados ante aquel rayo que dejó sin movimiento á la anciana mercera en menos de cinco minutos.

Cuando quedó rígida y fijó sobre ellos miradas suplicantes, agobiáronla á preguntas para conocer la causa de su sufrimiento.

Ella no pudo responder, y continuó mirándolos con angustia profunda.

Entonces comprendieron que se hallaban ante un cadáver; un cadáver medio vivo, que les veía y les oía sin poder hablar.

Esta crisis les desesperó; en el fondo se preocupaban poco de los dolores de la parálisis; más lloraban por ellos mismos, condenados á vivir en lo sucesivo perpetuamente el uno enfrente del otro.

Desde aquel día la vida de los esposos tornóse intolerable.

Pasaron noches crueles enfrente de la anciana imposibilitada, cuyas agradables chochees no habían de adormecer ya su terror; ella yacía en un sillón, como un bulto, como una cosa, y ellos quedaban solos, ocupando los dos extremos de la mesa, embarazados é inquietos.

Aquel cadáver no les separaba ya, y algunas veces lo olvidaban y le confundían con los muebles; entonces el espanto de la noche se apoderaba de ellos, y el comedor se convertía, como su propio cuarto, en un lugar terrible, donde también se erguía el espectro de Camilo.

Así sufrieron cuatro ó cinco horas más por día: desde el crepúsculo empezaban á temblar, y bajaban la pantalla de la lámpara para no verse, fingiendo creer que la señora Raquín iba á hablar y á recordar su presencia.

Si ellos la respetaban y no se desembarazaban de ella, era porque aun vivían sus ojos, y experimentaban algunas veces cierto consuelo viéndoles moverse y brillar.

Colocaban siempre á la anciana incapacitada á la claridad de la lámpara, á fin de alumbrar bien su semblante y tenerla siempre á la vista, y aunque aquel semblante descolorido y sin vida hubiera sido un espectáculo insoportable para otros, ellos sentían tal necesidad de compañía, que fijaban en él sus miradas con verdadero gozo.

Hubiérase dicho que era la máscara descompuesta de una muerta, en la cual se hubiesen colocado los ojos vivos; sólo aquellos ojos se movían, revolviéndose rápidamente en sus órbitas; las mejillas y la boca estaba como petrificadas y conservaban una inmovilidad espantosa.

Cuando la señora Raquín cedía al sueño y bajaba

los párpados, su semblante pálido y mudo era verdaderamente el de un cadáver.

Teresa y Lorenzo que se hallaban entonces solos, movían ruido hasta que la parálitica abría los ojos y les miraba, obligándola así á permanecer despierta.

Considerábanla como un objeto de distracción, que les sacaba de sus malos ensueños; desde que estaba enferma era necesario cuidarla como á un niño, y los cuidados que la prodigaban les forzaban á distraer sus pensamientos; por la mañana, Lorenzo la levantaba y la conducía á su butaca, y por la noche la llevaba al lecho; ella pesaba aún mucho y tenía que reunir todas sus fuerzas, tomarla delicadamente entre sus brazos y transportarla á la butaca, que hacía rodar hasta su sitio.

Los demás cuidados corrían á cargo de Teresa, quien vestía á la imposibilitada, la hacía comer y procuraba adivinar sus menores deseos.

La señora Raquín conservó durante algunos días el uso de sus manos, pudiendo escribir en una pizarra y pedir así lo que necesitaba; mas luego aquellas manos murieron y les fué imposible alzarse y sostener el lápiz; desde entonces no tuvo otro lenguaje que la mirada, y fué preciso que su sobrina adivinase lo que la enferma quería; la joven se dedicó al rudo oficio de enfermera, que la creó una ocupación de cuerpo y alma, que la causó mucho bien.

Los esposos, para no permanecer frente á frente, llevaban al comedor desde por la mañana la butaca de la pobre anciana, y la colocaban entre los dos, como si fuese necesaria para la existencia de ellos; hacíanla asistir á su comida y á todas sus entrevistas, y fingían no comprender cuando la anciana manifestaba deseos de ir á su habitación.

Ella servía únicamente para distraerles en sus conversaciones, y la negaban el derecho de vivir aparte.

A las ocho Lorenzo se iba á su taller: Teresa bajaba á la tienda, y la parálitica quedaba sola en el comedor hasta el medio día: después del al-

muerzo quedaba sola de nuevo hasta las seis de la tarde, aunque frecuentemente durante el día subía su sobrina y daba vueltas alrededor de la enferma para observar si algo le faltaba.

Los amigos de la familia no sabían qué elogios inventar para ensalzar las virtudes de Teresa y Lorenzo.

Las recepciones de los jueves continuaron, y la enferma imposibilitada asistía á ellas como antes, aproximándola en su butaca á la mesa.

Desde las ocho hasta las once conservaba los ojos abiertos observando á los convidados con miradas escudriñadoras.

Los primeros días el viejo Michaud y Grivet se encontraban un poco embarazados ante el cadáver de su vieja amiga, no sabiendo qué actitud guardar, y preguntándose hasta qué punto era conveniente que expresasen su dolor.

¿Era necesario hablar á aquel rostro muerto, ó no debían acordarse de él para nada?

Poco á poco tomaron el acuerdo de tratar á la señora Raquín como si nada hubiese acontecido, y acabaron por fingir que ignoraban completamente su estado; hablábanla, dirigíanle preguntas y respuestas, reían por ella y por ellos mismos, sin inmuntarse lo más mínimo ante la expresión rígida de su semblante.

Esto ofrecía un extraño espectáculo: aquellos hombres aparentaban hablar razonablemente á una estatua, como las niñas hablan á sus muñecas; y aunque la parálitica permanecía inmóvil y muda, ellos charlaban y multiplicaban sus gestos, y sostenían con la enferma conversaciones muy animadas.

Michaud y Grivet se aplaudían su excelente comportamiento, porque al obrar así creían dar una prueba de cortesía, y se evitaban el disgusto de las manifestaciones de pésame.

La señora Raquín debía estar satisfecha de verse tratada como si gozara de perfecta salud, y desde luego les era permitido alegrarse en su presencia sin el menor escrúpulo.

Grivet tuvo su manía: afirmaba que él se entendía perfectamente con la señora Raquín, y que ésta no podía mirarle sin que él comprendiese al momento lo que deseaba.

Esto hubiera sido una atención delicada, si Grivet no se hubiese equivocado: interrumpía á cada momento la partida de dominó para examinar á la parálitica, cuya mitada seguía apaciblemente el juego y Grivet decía al punto que ella pedía esto ó aquello; mas averiguado el caso, ó la señora Raquín nada había pedido, ó había pedido una cosa diferente.

Esto no desanimaba á Grivet, quien prorrum-pía con acento de triunfo:

—¡ Cuando yo lo decía!

Y algunos minutos después el viejo empleado volvía á lo mismo.

Otra cosa era cuando la enferma manifestaba claramente un deseo: Teresa, Lorenzo y los contentulios nombraban, uno después de otro, los objetos que la anciana podía desear, y entonces Grivet se hacía notar por la torpeza de sus ofrecimientos, nombrando al acaso cuanto pasaba por su imaginación, y ofreciendo siempre lo contrario de lo que la señora Raquín deseaba, lo cual no le impedía repetir:

—¡ Yo leo en sus ojos como en un libro!... Ved. Me dice que tengo razón... ¿ No es verdad, mi querida señora?... Sí, sí.

Por lo demás, no era cosa fácil atinar con los deseos de la pobre anciana: sólo Teresa tenía ese don, comunicándose muy fácilmente con aquella inteligencia embotada, viva aún, pero enterrada en carne muerta.

¿ Qué pasaba en aquella infeliz criatura, que vivía lo bastante para asistir á la vida sin tomar parte en ella?

Ella veía, oía, razonaba acaso de una manera justa y clara... pero carecía de movimiento y de voz para explicar al exterior los pensamientos que brotaban en su cerebro.

Sus ideas la ahogaban: la desdichada no habría

podido levantar la mano ó abrir la boca aun cuando uno de sus movimientos ó una de sus palabras hubiera podido torcer los destinos del mundo.

Su espíritu era como uno de esos seres que, vivos aun, son enterrados por descuido, y se despiertan en la noche de la tierra, á dos ó tres metros debajo del suelo: gritan, se deshacen en rabiosos alaridos, y se pasa sobre ellos sin oír sus atroces lamentaciones.

Muchas veces Lorenzo mirando á la señora Raquín, que tenía los labios apretados y las manos estiradas sobre las rodillas, y ponía toda su vida en sus ojos brillantes é inquietos, se decía:

—¡ Quién sabe en lo que puede pensar! ¡ Algún drama cruel debe ocurrir en el alma de esa muerta!

Lorenzo se engañaba: la señora Raquín era feliz; dichosa con los cuidados y el afecto de sus queridos hijos; había soñado siempre en concluir así, lentamente, en tibia atmósfera, de abnegación y caricias.

Hubiera querido conservar la palabra para dar las gracias á sus amigos, que la ayudaban á morir en paz, pero aceptaba su estado con resignación, porque la existencia apacible y retirada que había llevado siempre, y la dulzura de su temperamento, la impedían sentir demasiado los sufrimientos del mutismo y de la inmovilidad.

Se había convertido en una niña, y pasaba los días sin aburrimiento, mirando delante de sí y soñando con lo pasado, y hasta acabó por disfrutar con permanecer quietecita en su butaca.

Sus ojos adquirían diariamente dulzura y claridad más penetrantes, y había llegado á servirse de ellos como de una mano, como de una boca, para pedir y aun para dar las gracias, supliendo así de manera extraña y admirable los órganos que le faltaban; sus miradas tenían como una hermosura celestial en medio de su rostro, cuyas carnes ajadas parecían colgar haciendo muecas.

Desde que sus labios torcidos é inertes no podían sonreír, sonreía con los ojos, con una mirada llena de ternura adorable, destellando sus órbitas hū-

medos resplandores, rayos tan puros y resplandecientes como los de la aurora.

Nada más singular que aquellos ojos, que reían como labios de un rostro muerto; la parte inferior del semblante permanecía taciturna y amarillenta, pero la parte superior denunciaba vida y alegría.

La anciana, en verdad, estaba agradecida con todo el afecto de su alma á aquellos hijos queridos, y lo demostraba con una simple mirada; y cuando Lorenzo la tomaba en sus brazos por la mañana y por la noche para trasladarla de sitio, ella le daba gracias con cariño por medio de miradas impregnadas de tierna efusión.

Así vivió durante algunas semanas, esperando la muerte y creyéndose al abrigo de otra nueva desgracia.

Creía haber pagado ya en este mundo su parte de sufrimiento, y se engañaba.

Cierta noche la anonadó un terrible golpe.

Por más que Teresa y Lorenzo la colocaron entre ambos, á plena luz, ella ya no tenía vida bastante para separarles y defenderles contra sus angustias, y cuando los dos olvidaban que la enferma estaba allí, que les veía y les oía, embargábales su locura, apercibían á Camilo, y se esforzaban en arrojarle.

Entonces balbuceaban palabras incoherentes, y á su pesar dejaban escapar confesiones y frases que acabaron por revelárselo todo á la señora Raquín, y aun Lorenzo sufrió una especie de crisis, durante la cual habló como un alucinado.

Súbitamente la parálitica lo comprendió todo.

Contracción espantosa se marcó entonces en su rostro, y experimentó en su sér una sacudida tan horrible, que Teresa misma creyó que su tía iba á dar un salto y á gritar.

Pero enseguida permaneció inerte, rígida como un hierro.

Aquella especie de choque fué tanto más espantoso, cuanto que pareció galvanizar un cadáver; la sensibilidad, recobrada por un instante, desapareció; la impedida quedó más anonadada y más lívida; sus ojos, tan dulces de ordinario, se tor-

naron negros y duros, semejantes á pedazos de metal.

¡Jamás ser alguno fué acometido de la desesperación con rudeza tanta!

La siniestra verdad, estallando de repente como un relámpago, abrasó los ojos de la parálitica, y penetró en ella con la sacudida suprema de un rayo; si hubiese podido levantarse, lanzar el grito de horror que subió á su garganta, maldecir á los asesinos de su hijo, habría sufrido menos.

¡Haberlo oído, haberlo comprendido, y tener que estar inmóvil y muda, guardando en su pecho su dolor!

Parecióle que Teresa y Lorenzo la habían atado y clavado en su butaca para impedirla que se lanzase sobre ellos, y que se complacían atrocemente en repetirla: «¡Nosotros hemos asesinado á Camilo!»

Después de haber puesto en sus labios una mordaza que ahogaba sus gemidos, el espanto y la angustia circulaban furiosamente por su cuerpo, sin encontrar salida, aunque ella hiciese esfuerzos sobrehumanos para libertarse del peso que la agobiaba, para desahogar su garganta; para dar paso á las olas de su desesperación.

En vano apelaba á su última energía: su lengua yerta, pegada á su paladar, y no podía sustraerse á la muerte; impotencia de cadáver la tenía rígida; sus sensaciones asemejábanse á las de un hombre sumido en profundo letargo, y que, amordazado por los lazos de su carne, oyese caer sobre su propia cabeza con ruido sordo, las palatadas de arena de su propia fosa.

El estrago que se operó en su corazón fué más terrible aún: sintió un desmoronamiento que la despedazaba, y conoció que su vida entera, toda su ternura, toda su bondad, todos sus afectos acababan de ser destruídos y hollados brutalmente; hasta entonces había gozado una existencia de cariño y de dulzura, y en sus últimas horas, cuando iba á llevar á la tumba la creencia de la dichosa calma de su vida, una voz despiadada gritábale

DE NUESTRO LIBRO
"AFEROS DE
Apró. 1025 MAR 1925

que todo era mentira, que todo era un crimen.

El velo que se desgarraba mostróle, en lugar de los amores y de la amistad que habían creído ver, un espectáculo espantoso de sangre y de vergüenza.

¡Hubiera injuriado á Dios si hubiese podido pronunciar una blasfemia!

Dios la había engañado por espacio de sesenta años, tratándola como niña dulce y buena, y halagando sus ojos con cuadros mentidos de tranquila alegría, y ella había permanecido niña, creyendo neciamente en mil bobadas, sin ver la vida real arrastrarse por el lodo sangriento de las pasiones.

Dios era malo; bien hubiera podido decirle la verdad más pronto, ó dejarla morir con sus inocencias y su ceguedad.

Ahora sólo la restaba morir negando el amor, negando la amistad, negando todo afecto.

¡Nada existía más que el asesinato y la injuria! Con que Camilo había muerto á los golpes de Teresa y de Lorenzo, y estos concibieron el crimen en medio de la vergüenza del adulterio!

Había para la señora Raquín tal abismo en este pensamiento, que no podía razonar ni comprenderlo de un modo claro y detallado; sólo sufría una sensación, la de una caída horrible; parecía el que caía en un agujero negro y frío, y se decía:—¡Voy á estrellarme en el fondo!

Después de la primera impresión, la monstruosidad del crimen le pareció inverosímil; luego tuvo miedo de volverse loca, cuando se convenció del adulterio y del asesinato, ante el recuerdo de pequeñas circunstancias que antes no se habían explicado.

¡Teresa y Lorenzo eran indudablemente los asesinos de Camilo!

¡Teresa, á quien ella había criado!

¡Lorenzo, á quien ella quiso como madre afectuosa y tierna!

Este pensamiento giraba en su cabeza como una inmensa rueda, con ruido afronador.

Adivinaba detalles tan inmundos, descendía á

hipocresías tan grandes, asistía con el pensamiento á un doble espectáculo de tan atroz ironía, que hubiera querido morir por no pensar más: una sola idea, maquinal é implacable, quebrantaba su cerebro con la pesadez y la insistencia de una rueda de molino:

—¡Son mis hijos—se repetía,—los que han asesinado á mi hijo!

¡Y ella no encontraba otra frase para expresar su desesperación!

En el brusco cambio de sus sentimientos, se examinaba con espanto y no se conocía, y quedóse anonadada por la acometida brutal de ideas de venganza, que la despojaban de toda la bondad de su vida.

Cuando se hubo transformado, veíalo todo negro y sintió nacer en su carne moribunda un nuevo ser implacable y cruel, que hubiera querido morder á los asesinos de su hijo.

Cuando sucumbió á las acometidas destructoras de la parálisis, y comprendió que no podía arrojarle á la garganta de Teresa y de Lorenzo, á quienes ella soñaba con estrangular, resignóse al silencio y á la inmovilidad, y lentamente brotaron de sus ojos gruesas lágrimas. ¡Nada fué más aflictivo que aquella desesperación muda é inmóvil!

Esas lágrimas, que corrían una á una sobre aquel rostro muerto, donde ni una arruga se movía; por aquella faz inerte y descolorida, que no podía llorar por todas sus afecciones, y en que sólo los ojos sollozaban, ofreciendo un espectáculo conmovedor...

Teresa fué presa de una compasión de espanto.

—Es necesario acostarla,—dijo á Lorenzo, señalando á su tía.

Lorenzo se apresuró á llevar á la parálitica á su habitación; inclinóse para tomarla en sus brazos, y en aquel momento la señora Raquín confió en que un poderoso resorte la hiciera ponerse de pie, é intentó un esfuerzo supremo.

¡Dios no podía permitir que Lorenzo la estrecha-

se contra su pecho! ¡Ella contaba con que el rayo le aniquilaría, si tuviera tan monstruosa imprudencia!

Pero ningún resorte la impulsó, y el cielo se reservó sus rayos.

Permaneció postrada, pasiva; como un lío de ropa fué cogida, levantada y transportada por el asesino; tuvo que sufrir la angustia de sentirse desfallecida y abandonada entre los brazos del matador de Camilo, y su cabeza cayó sobre los hombros de Lorenzo, á quien ella miró con ojos agrandados por el horror...

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Mírame bien!—murmuró Lorenzo.—¡Tus ojos no me comerán!

Y la echó brutalmente sobre el lecho. La parálitica cayó desvanecida.

Su último pensamiento había sido un pensamiento de terror y de repugnancia.

En adelante, por la mañana y por la noche, habría de sufrir la presión inmundada de los brazos de Lorenzo...

XXVII

Sólo una crisis de espanto pudo obligar á los esposos á hablar, á hacer revelaciones en presencia de la señora Raquín.

Ni uno ni otro eran crueles, y ambos hubieran evitado por unanimidad semejante revelación, aunque su propia seguridad no les hubiera impuesto el deber de guardar silencio.

El jueves siguiente estuvieron sumamente intranquilos.

Desde por la mañana Teresa preguntó á Lorenzo si creía prudente dejar á la parálitica en el comedor durante la velada, porque, sabiéndolo todo, podría dar indicios.

—¡Bah!—respondió Lorenzo.—¡Si no puede mover el dedo meñique! ¿Cómo quieres que charle?

—Quizás consiga encontrar un medio!—replicó Teresa.—Desde la otra noche leo en sus ojos un pensamiento implacable.

—¡No! ¡Mira! El médico me ha dicho que todo había concluído para ella, y si habla alguna vez, será en la última boqueada de la agonía... ¡Bah! ¡Pronto acabará!... Sería estúpido atormentar aún más nuestra conciencia impidiéndola asistir á la velada.

Teresa se estremeció.

—No me has comprendido—gritó.—¡Oh, no! ¡Tienes razón! ¡Basta ya de sangre!... Pero quiero decirte que podríamos encerrar á mi tía en su cuarto y pretextar que está muy abatida, que duerme...

—¡Eso es!—replicó Lorenzo.—Y que el imbécil Michaud entre en el cuarto con la mayor desfachatez del mundo para ver, á pesar de todos, á su vieja amiga... ¡Excelente modo de perdernos!

Y al decir esto, vacilaba: quería aparentar calma y la ansiedad le hacía balbucear.

—Vale más—prosiguió,—dejar correr los acontecimientos. Estas gentes son estúpidas como gansos, y no conocerán nada en la muda desesperación de la anciana. Jamás pensarían en aquéllo, ¡qué han de pensar en ellos! Una vez hecho el primer ensayo, quedaremos tranquilos para siempre, sin temer los resultados de nuestra imprudencia... Ya verás cómo todo saldrá bien.

Por la noche, cuando llegaron los invitados, la señora Raquín ocupaba su sitio ordinario entre la estufa y la mesa, y Lorenzo y Teresa hacían alarde de buen humor, disimulando sus temores y esperando con angustias en el alma el incidente que, á su juicio, había de ocurrir.

Habían fijado la pantalla de la lámpara en la línea más baja, y sólo estaba iluminado el hule de la mesa.

Los contertulios, según costumbre, tuvieron como siempre un rato de charla frívola y ruidosa que precedía á la primera partida de dominó, y Grivet Michaud no dejaron de dirigir á la parálitica las preguntas usuales acerca de su salud, contestándose después ellos mismos del modo más satisfactorio, según costumbre; y en seguida, sin volver á ocu-